

"LOS MINA"... LUCES Y SOMBRAS

José Manuel CENZANO CATALÁN
cenzano@telefonica.net

La guerra de Independencia estalló como protesta airada del pueblo español frente a la invasión silenciosa que las tropas napoleónicas llevaban a cabo por diversos territorios de la nación. El ejército aliado, que gozaba de permiso para atravesar la península con el objetivo de conquistar Portugal y Gibraltar (aliados de "la pérfida Albión"), iba dejando a su paso rastros de saqueos, profanaciones de templos y conventos, y todo tipo de abusos de otras índoles.

Francisco Javier Mina Larrea, conocido en el ámbito popular como *Mina el mozo*, era un muchacho sensato, nacido en Otano, un pueblo próximo a la Sierra de Alaiz. El chiquillo se mostraba dulce y obediente en el cumplimiento de las tareas que le encomendaban sus progenitores. Su padre, Juan José Mina y Espoz, deseaba que el chaval recibiera alguna instrucción, puesto que no se conformaba con que permaneciera a su lado como ayuda en los quehaceres de labranza, de modo que lo envió al seminario con vistas a que llegara a ordenarse sacerdote o, al menos, si la vocación religiosa no cuajaba en su espíritu bondadoso, que alcanzase la ilustración que al resto de la familia le había sido denegada.

De su estancia en Pamplona obtuvo una buena formación en latín, matemáticas, humanidades y leyes, pero especialmente tuvo la fortuna de estrechar amistad con un coronel retirado, Juan Carlos de Aréizaga (que tras su reincorporación al ejército alcanzaría el grado de Teniente General), el cual le hizo interesarse por el conocimiento y la evolución de las guerras europeas, de modo que, cuando los franceses cruzaron de manera pacífica por Roncesvalles, el muchacho desconfió de lo que él interpretaba como una invasión larvada o disimulada, pero invasión, al fin, del territorio español.

No resultó difícil contactar con Jerónimo Merino ni con Vicente Cenzano. Sus sermones e invectivas contra la ocupación, lanzadas desde el púlpito, resultaban proverbiales para crear un estado de agitación contra "el francés". Javier Mina sostuvo una entrevista con ellos en una venta próxima a Logroño y se comprometió a agrupar una partida para lanzar celadas a los soldados e ir despojándolos de armas y munición con las que combatir. Merino le prometió apoyo para el surtido de la intendencia.

Javier Mina no tardó en reunir un grupo de combatientes entre los que se encontraba su tío Francisco Espoz. La eficacia de sus acciones no tardó en ser reconocida y agradecida por los pueblos de su entorno. Explotaban a los batallones, les sustraían fusiles y balas, les



Grabado representando a Xavier Mina.

Algunos militares y una considerable parte del pueblo se alzaron en armas preparando escaramuzas y ataques sorpresa a los bien dotados regimientos galos, para esquilmar sus pertrechos, diezmar las dotaciones y tomar rehenes. Los líderes de esas cuadrillas se revelaron como eficientes estrategas hasta convertirse en mitos: Jerónimo Merino, el Empecinado, Porlier *el marquesito*, el fraile Martín Merino o el cura Vicente Cenzano... y en Navarra, Xavier Mina y su tío Francisco Espoz, entre otros.

robaban caballos y víveres e iban reforzando su capacidad ofensiva, hasta el extremo de constituir una preocupación al propio Napoleón. La llegada de un numeroso contingente de voluntarios le permitió crear el "Corso terrestre", una unidad de combate asentada en El Carrascal en las proximidades de Pamplona, desde donde se dirigían las diversas acciones bélicas. Tras una emboscada llevada a cabo en Lumbier, pudieron apoderarse de una recua de ochenta caballos, lo cual permitió fundar la "Caballería del Corso".

Muchas y renombradas fueron las gestas épicas realizadas por el Corso, contra las tropas del "pequeño corso", tal y como se le llamaba al emperador. Desde Monreal a Lumbier, Rocafort, Sangüesa, Sos del Rey Católico, la foz de Arbayún y otros innumerables parajes y poblados, el nombre de Javier Mina "el mozo" era pronunciado con respeto y veneración, y a su reconocimiento se le sumaba la incondicional ayuda para su subsistencia ofrecida por la gente. Bonaparte no comprendía bien que generales de prestigio, avezados en el mando de un numeroso ejército, fuesen víctimas de las estratagemas de un hombre que carecía de formación militar. Javier sólo contaba con el asesoramiento de un coronel en la reserva y el conocimiento de las tácticas de guerra aprendidas con la lectura de los clásicos donde se describían las habilidades de Julio César, Aníbal, Alejandro Magno, Nabucodonosor o Darío el Grande... pero su intuición le llevaba a acorralar y vencer al enemigo, bien pertrechado y muy superior en número, aunque, por mercenario, carente del sentido patriótico de los aguerridos voluntarios.

Dado el renombre y el prestigio adquirido por Javier, su tío Francisco Espoz Ilundáin, convertido en su lugarteniente y encargado de reclutar voluntarios para el Corso navarro, decidió cambiar su apellido por Espoz y Mina para alentar a las gentes en su ayuda basándose en la notoriedad conseguida por su sobrino y en el cariño que el pueblo le dispensaba. De ese modo, para distinguirlos con facilidad, Javier recibió el apelativo de Mina "el mozo" o "el estudiante" y su tío el nombre de Espoz y Mina o Mina "el mayor", que había optado por llevar los dos apellidos de su padre. Muchos eran los riesgos que los guerrilleros corrían en cada combate. Más en campo abierto por la inferioridad numérica, pero también en las emboscadas por la dificultad del terreno. En más de una ocasión Javier estuvo a punto de ser apresado, puesto que Napoleón había dado orden de cap-

turarlo al precio que fuese, ofreciendo sustanciosas recompensas a quienes facilitaran pistas fidedignas sobre su paradero o sus escondites habituales; pero conseguía zafarse.



Grabado representado a Espoz y Mina.

En una ocasión, ayudado por unos hombres del grupo de Porlier "el marquesito", atacó a la guarnición de Tudela que tuvo que refugiarse en el cerro de Santa Bárbara, lugar donde se aposentaba el castillo que Sancho VII el Fuerte usaba como residencia habitual; los franceses sufrieron numerosas pérdidas y los agresores pudieron apoderarse de armas y abundante munición, varios caballos y dos cofres llenos de monedas de plata. Tras retirarse a Corella para repartirse el botín y dispersarse, antes de que los franceses se reagruparan para un contraataque, surgió una disputa acerca de la distribución de los beneficios. No hubo acuerdo y el contingente se separó en dos facciones; los encabezados por Mina salieron en dirección a Los Arcos, y el resto, que permaneció en Corella, fue apresado por los franceses que, para escarmiento, los mandó ahorcar. Mina, que siempre había sido considerado con los prisioneros proporcionándoles amparo, se disgustó mucho y endureció las condiciones de atención a los rehenes.

No quedó, sin embargo, muy satisfecho con la intervención de los hombres de Mina en Tudela, su colaborador Porlier. Es más, terriblemente molesto con el modo de proceder

Personajes

de los guerrilleros acaudillados por el navarro, solicitó una reunión urgente con los otros jefes destacados de la guerrilla, el cura Merino y El Empecinado, para manifestar sus quejas y expresar reproches a unas acciones que, lejos de mantener el espíritu de la rebelión, fomentaba el saqueo y el pillaje. Mina también había sido convocado al encuentro, pero excusó su ausencia alegando hallarse en pleno proceso de reestructuración de su cuadrilla, tras las severas bajas sufridas a consecuencia del contraataque francés. Continuaron hablando sobre los sucesos y lamentando la pérdida de oportunidad de la toma de Tudela que tan bien habría venido para lanzar una posterior ofensiva sobre Zaragoza y que habría acabado con el bastión de avituallamiento que los franceses poseían en la ciudad.

Javier Mina recurría a disfraces y visitas de incógnito a los lugares que pensaba atacar para hacerse cargo *in situ* de la cuantía y movimientos de las tropas enemigas. Estando en una ocasión en Olite, viendo desfilar a un batallón, le preguntó a la persona que se hallaba a su lado mirando el trasiego:



Grabado representado a Juan Díaz Porlier.

—¿Adónde van?

—A emboscar a Mina. ¡Ojalá no lo encuentren! Me alegraría que no dieran con él— respondió el hombre.

—Yo también me alegraría— añadió Javier sin mostrar su identidad.

Con la ayuda de sus conocimientos de latín adquiridos en el seminario, y revestido de hábito, se hacía pasar por clérigo ingenuo para recabar información y preparar sus asaltos que tanta fama le dieron.

Los franceses se sentían ultrajados ante los éxitos del joven instigador. Los daños tanto materiales como morales recibidos por la tropa eran humillantes, estando sus jefes decididos a terminar con las hazañas del "Curso" antes de que el mito aureolase la figura idealizada de su caudillo. El general D'Aoult fue sustituido por Dufour y las medidas de busca y captura se extremaron hasta límites insospechados, de manera que si bien Javier Mina no paraba de idear nuevas tretas para sorprender a los *gabachos* dejándoles falsos señuelos que los cebaran en su persecución para luego atacarles con sofisticadas emboscadas, los franceses no cejaban en tender cercos cada vez más estrechos de los que Mina escapaba, en ocasiones, dejándose "los pelos en la gatera". Cuando los informadores apuntaban su presencia en Urbasa, mientras lo rastreaban y le cerraban el paso en Zudaire, "el estudiante" se escurría por Olazagutía. Si lo localizaban en Lumbier, se zafaba haciéndose pasar por un monje de Leyre. Si le tendían una trampa en Tafalla, atacaba por sorpresa al destacamento de Mendavia... Pero sus amoríos lo conducían a ser más intrépido en las visitas a su amada, echando por tierra muchas de las precauciones que hubiera utilizado con la prudencia anterior.

Alguien debió de informar al general francés de su escondrijo, puesto que al día siguiente tres columnas procedentes de Monreal le siguieron el rastro con intención de atacarlo. Javier mandó a su tío Espoz para que indagara la dirección que llevaba el ejército francés, recibiendo un informe en el que le advertía de que cuarenta jinetes avanzaban hacia Labiano. Mina, en lugar de ponerse a salvo, abandonando el lugar y escurriéndose como era lo recomendable, de forma incomprendible optó por tomar el monte para atacar al contingente a caballo, pero en contrapartida se encontró con una encerrona propiciada por una meticulosa emboscada. No se arredró el muchacho, pero tras resultar herido en un brazo, cayó prisionero.

La noticia corrió como un reguero de pólvora. «¡Mina estpris!» gritaban con alborozo los soldados imperiales, mientras el resto de la cuadrilla del navarro permanecía perplejo y asombrado por la fatalidad que suponía esa detención. Napoleón escribió a Dufour reco-

mendando la sentencia de muerte para el recluso: <<Cuidad de que Mina sea pasado por las armas lo más pronto posible>>, pero el general, temeroso de provocar represiones violentas por parte de los rebeldes, optó por deportarlo a Francia, intentando previamente que el resto de sus hombres se entregara disolviendo la cuadrilla. Pese al desconcierto ocasionado por el apresamiento del jefe del Corso entre sus correligionarios, y la amenaza de la pena capital que sobre él recaía, pronto hubo una reagrupación de las cuadrillas de guerrilleros en torno a la figura de un nuevo líder: Francisco Espoz.

Francisco consiguió que siete de los hombres fieles a Javier lo reconocieran como nuevo jefe. Tuvo que dar un hábil golpe de mano para desbancar las pretensiones de Miguel Sádaba de Mendavia y afianzar la obediencia de su partida de ciento veinte hombres, y convenció también a los hermanos Lucas y José Górriz de Subiza para que se le unieran con los suyos, puesto que temía enfrentarse a las cuadrillas de Pascual Echeverría, el carnicero de Corella, y a Juan Hernández "el pelau", de Viana. Otra aportación importante fue la incorporación de Gregorio Cruchaga, que había sido segundo de Javier Mina y, por tanto, su sucesor natural, pero no era este hombre ambicioso, sino un idealista cuya meta no contemplaba el mando sino la expulsión del francés aun a costa de la propia vida. Una vez aceptado como jefe absoluto del Corso, y cambiado su segundo apellido por el de Mina, para verse referido en el reconocimiento y prestigio que había acompañado a su sobrino, Francisco Espoz y Mina, al mando de un contingente superior a los seiscientos voluntarios, dio comienzo al atosigamiento del enemigo. La táctica empleada era similar a la practicada por el sobrino: sorpresa y ataque súbito al contrario, para desaparecer después e irrumpir con idéntico coraje en otro lugar.

Espoz y Mina concibió un plan para desembarazarse en primer lugar de Juan Hernández "el pelau" y después emboscar a Echeverría, temeroso de que trataran de cuestionarle el mando. Pero Hernández, que había llegado a Viana con quinientos infantes y algunos caballos perseguido por el general Roquet, tuvo que huir a las montañas, de manera que a Francisco no le quedó otra opción que actuar contra Echeverría. No incluía su proyecto intervenir por la fuerza, sino, bien al contrario, emplear la astucia y recurrir a la traición para deshacerse de su competidor. Espoz se desplazó a Estella, disfrazado y de incógnito, pa-

ra poder actuar por sorpresa. Se vistió con indumentaria de labriego, calzando alpargatas de esparto y calzones de estameña. Se anudó un pañuelo a la cabeza, cubriéndose después con sombrero de paja, y se ciñó una faja negra, bajo la cual ocultó una gran faja. Urdió una treta por la cual se le proporcionó al corellano una falsa información en la que se le advertía de que un batallón francés iba a trasladarse desde Pamplona para saquear la ciudad del Ega.

Una vez que Echeverría estuviera cerca de Estella, Espoz sería informado de la situación y, con la argucia de acudir a socorrerlo, se abalanzaría sobre él tomándolo preso, acusado de traición. El plan funcionó tal y como había sido concebido, picando Echeverría el anzuelo y cayendo sin oposición en manos de su oponente, que no dudó en fusilarlo de forma inmediata e incorporar a sus hombres para engrosar las filas de su ejército que dividió en dos batallones, poniendo al frente de uno de ellos a Cruchaga y encabezando, él mismo, el mando del otro más nutrido y numeroso.



Retrato de Gregorio Cruchaga.

El comportamiento de Espoz con los prisioneros de guerra fue inicialmente ejemplar. Pero al comprobar la dureza y frialdad con que los franceses castigaban a los rehenes, e incluso les privaban de la vida del modo más vejatorio ahorcándolos y exponiendo los restos mor-

Personajes

tales por los caminos, o arrastrándolos de mala manera y ofreciendo los despojos a las aves carroñeras, cambió de actitud mostrando inflexible determinación de impiedad para el enemigo y acopio de mayor crueldad.

Pese a su falta de formación e instrucción en las artes de la guerra, Francisco compensaba con su audacia y fina intuición esas deficiencias. Era hombre astuto y observador, cruel e implacable, de ahí que no le temblara la mano en tomar arriesgadas decisiones, aun a pesar de poner en peligro su vida y la de sus seguidores. Si enormes fueron sus éxitos bélicos, no fueron menores las heridas recibidas en combate. Sufrió el impacto de balas, cortes de sable y pinchazos de lanza, pero se sobrepuso sin pérdida de energía ante todos los percances. Tanto si salía vencedor en los encuentros, como si debía asumir el sinsabor de la derrota y la pérdida de hombres, su ánimo no decaía y su imaginación continuaba pergeñando acciones de guerra fundamentadas en emboscadas y sorpresas, y dirigidas no sólo a mermar la capacidad operativa del ingente ejército francés, cuánto a apoderarse de sus pertrechos y municiones, bolsas de dinero, armas y alimentos. Su mayor preocupación era procurar a su tropa una intendencia suficiente. Alimentar y vestir a miles de hombres y cuidar cientos de caballos exigía una cooperación necesaria de la población civil que, a su vez, estaba sometida a severas cargas fiscales para mantener al ejército invasor. La Junta de gobierno estaba a favor de los franceses y cargaba de impuestos al pueblo para la manutención de esas tropas.

Para hacer llegar los fusiles hasta los campamentos guerrilleros se valía de argucias y la cooperación del clero. Un método común consistía en simular entierros en los que los ataúdes iban cargados de munición o piezas de artillería. Su propio hermano, Clemente Espoz Ilundáin, desde su cargo de vicario del hospital general de Pamplona, se las ingenia para sustraer armas, municiones, telas y uniformes y pasarlas a los guerrilleros valiéndose de un enterrador apodado "Malacría", en cuyo carro transportaba al cementerio los suministros como si fueran cadáveres.

Javier Mina, entre tanto, emigró a Méjico para propalar sus ideas revolucionarias hasta que fue fusilado por las tropas leales al Rey en Guanajuato. Y Francisco Espoz (en ausencia de franceses) se rebelaba de forma manifiesta al colérico y veleidoso Fernando VII, oponiéndose a su absolutismo. Solamente después de la muerte del rey, y probada su lealtad a la línea sucesoria de su hija Isabel tras enfrentarse en varias ocasiones al general carlista Zumalacárregui, que lo venció sin remedio, la regente María Cristina reconocería sus méritos nombrándolo, en primera instancia, Capitán General de Cataluña y después Virrey de Navarra. No le tembló el pulso para ordenar el fusilamiento de tres alcaldes que habían apoyado al general Cabrera en el Maestrazgo ni el de su madre al no conseguir la entrega y rendición del bravo general. Más tarde, tras su muerte en Barcelona en 1836, la Regente permitió a su esposa la edición de su biografía recogiendo sus memorias y restaurando su honor. ■

Mausoleo de Espoz y Mina. (José Piquer, 1855).

